

**PENSAMIENTO HUMANISTA CRISTIANO**  
**III ENCUENTRO INTERNACIONAL OSWALDO PAYÁ**  
**JORNADA ESPECIAL DEDICADA A EDUARDO FREI MONTALVA**

**Intervención de Andoni Ortuzar, presidente del EBB de EAJ-PNV**

10 de enero de 2015

**Congreso Nacional de Chile**

Quiero empezar mi intervención haciendo público mi agradecimiento a Gutenberg Martínez Ocamica por la invitación al presente Encuentro Internacional. Un encuentro cuya rúbrica rememora a Oswaldo Payá, al Proyecto Varela y al Movimiento Cristiano Liberación de Cuba.

Expresamos nuestra fraternidad con este movimiento cívico, que resulta un instrumento fundamental para abrir el futuro de Cuba con el renacimiento de la libertad, la democracia, el diálogo y la paz. Confiamos en que las recientes decisiones de la Administración Obama sirvan de eje para fundar, como decía José Martí, “un pueblo nuevo y de sincera democracia”.

Permítanme una referencia al partido que presido, el Partido Nacionalista Vasco, que, constituido en 1895, celebrará este año su 120 aniversario. 120 años de humanismo al servicio de la Comunidad Vasca y mundial. 120 años de nuestra historia, en la que hemos atravesado un complejo siglo XX en el mundo, en Europa y en el Estado español. Más de un siglo de nuestra historia, en cuyo curso hemos vivido momentos de extraordinaria dureza y, singularmente, la época de la Guerra Civil española y la dictadura de 40 años que la siguió. Una guerra en la que los hombres de creencias cristianas, salvo nosotros, abrazaron al fascismo insurgente. Fuimos agredidos, despreciados y calumniados por oponernos a la cruzada. En el exterior, solo escasos miembros de los grupos populares cristianos comprendieron nuestras razones políticas y éticas en favor de la institucionalidad republicana. Perdimos la guerra, pero no se perdió nuestro legado.

Cuando los ejércitos de Hitler invadieron Europa, gentes llamadas demócratas que apoyaban el nuevo régimen totalitario instaurado en España como garante de los valores espirituales, comenzaron a advertir que nuestra posición había sido ejemplar. Cuando sintieron en su propia patria y en sus propias carnes los horrores de la invasión y de la tiranía, muchas personalidades europeas, que nos habían tildado de ingenuos y herejes, fueron conscientes de que no sólo teníamos razón sino de que habíamos marcado una posición modélica para los cristianos europeos. Gernika fue previa a Coventry y Varsovia. Nuestro ejemplo tuvo resonancias europeas

y contribuyó al nacimiento de movimientos de resistencia cristiana que dio, en la postguerra, lugar a la creación europea de la democracia cristiana. Nuestro Partido fue el primer partido político del Estado Español que participó en la creación de los Nouvelles Equipes Internationales (NEI) (Chaufontaine, Bélgica, 1947). En 1955 se adhirió Unión Democrática de Cataluña (UDC). Los NEI y la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) –creada en abril de 1947– conformaron la Unión Mundial Demócrata Cristiana (Chile, julio de 1961). Se constituyó, así, una asociación compuesta por partidos políticos democristianos y socialcristianos a escala mundial, cuya ideología se basaba en el humanismo cristiano. Fue un movimiento que se situó con toda naturalidad en el centro político, desbrozando una tercera vía entre el colectivismo y el capitalismo, rechazando tanto el liberalismo individualista como el socialismo estatista en una Europa dividida por el telón de acero en un contexto global bipolar de guerra fría que dominaba las relaciones internacionales. Las personalidades más sobresalientes de la posguerra europea, como Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi o Robert Schuman, encarnaron el liderazgo de la Europa occidental. Casi todos ellos eran democristianos.

Chile y Euskadi constituyen, como expresaba Pedro Laín Entralgo, un binomio histórico. La hermandad, con amplias raíces, entre nuestras naciones tiene un eminente reflejo en la fraternal relación entre dos ilustres e históricas personalidades de Chile y de Euzkadi: Eduardo Frei Montalva (nacido en 1911) y José Antonio de Agirre (nacido en 1904). Coetáneos ambos. Una época -mediados del pasado siglo- que, ciertamente, podemos calificarla como tormentosa, crítica y dramática. En Europa y, también, en América Latina. Así lo expresaba José Antonio de Agirre en la Universidad de La Habana (1942):

*“Ya no es nuestra lucha, sino la lucha de toda la Humanidad. La lucha entre la libertad y la opresión se ha hecho ya universal. Lo sabíamos bien cuando luchábamos abandonados de todos. Una realidad sangrienta lo ha hecho entender hasta a los más rezagados. Se lucha hoy por la libertad de los hombres y de los pueblos. Por la libertad y la democracia, negados por los totalitarios”.*

Una época, amenazada por los totalitarismos, que exigía un vuelco de la vida política y social. Ambos líderes proclamaban, frente a dichas amenazas, una definición doctrinaria, ideológica y programática fundada en el humanismo cristiano. Eduardo Frei Montalva señalaba en 1947:

*“Queremos simplemente ser juzgados por lo que somos. Ni comunistas ni capitalistas. Hombres que inspirados en los principios demócrata-cristianos, bajo su responsabilidad, pretenden llevar a la vida misma de*

*Chile estos principios que asegurarán la paz social y la libertad para la conquista práctica de la justicia”.*

José Antonio de Agirre había declarado en 1943:

*“Sueñan muchos con la síntesis que pueda darnos una solución de futuro. Yo sueño, con ilusión de cristiano, en los preceptos evangélicos y en el Sermón de la Montaña, en el retorno a un cristianismo primitivo”.*

La unidad de su pensamiento y de sus comunes ideales resulta evidente. La unidad requería cooperación, aunque nuestro planeta, en aquella época, no estaba aún globalizado como en la actualidad. Como señaló Konrad Adenauer, “era necesaria la cooperación como parte de una familia humana a nivel mundial”.

José Antonio de Agirre acudió a Chile en dos ocasiones. La primera visita comenzó en 31 de agosto de 1942. La segunda visita fue en diciembre de 1955. Acudió, en representación de los Nuevos Equipos Internacionales (NEI) al Primer Congreso Internacional Demócrata-Cristiano de América Latina (8-11 de diciembre), cuyo presidente fue, precisamente, Eduardo Frei Montalva. En la clausura del Congreso (Teatro Caupolicán, 11 de diciembre), Agirre pronunció un vibrante discurso que fue publicado en la revista ‘Política y espíritu’.

*“He asistido, con honor y con verdadera satisfacción, a este Congreso, porque se me antoja –y en ello creo firmemente– que, a través de él, comienza a señalarse un nuevo destino para el Continente americano, y quizás, incluso, para toda la humanidad. Quizás vosotros, demócratas cristianos de América, al reuniros aquí, aceptáis un gran desafío: el gran desafío de los poderes reaccionarios del mundo, los de la Derecha y los de la Izquierda. Los primeros, que viven por la democracia, y que sirviendo al Cristo de la Paz y al capital, han querido avasallar la libertad; y los de Izquierda, las demagogias excitantes de la Rusia Soviética y sus satélites, que quieren avasallar al hombre teniendo la desvergüenza de llamar a sus regímenes ‘democracias populares’. Por una y otra parte, habéis aceptado, como ha ocurrido a los demócratas cristianos de Europa, el desafío de los grandes reaccionarios, para unir definitivamente el cristianismo y la libertad. De tal manera que, si el siglo pasado, por nuestra desidia, perdimos la batalla de la justicia social, en este siglo no perdamos la batalla de la libertad”. Y alertaba Agirre: “¡Atención, demócratas cristianos de América, movimiento todavía incipiente! ¡Atención! ¡Cuidado con la impaciencia! Sed pacientes. Marchad despacio, pero con firmeza. Ni prédicas ni posturas oportunistas frente a la lucha por la libertad. Seguid y marchad por el camino recto de la democracia y de la cruz, por el camino de los incommovibles principios de*

*la fe cristiana, inspirados en el Cristo que vino aquí a morir por los demás, no a que los demás murieran por Él. No seáis impacientes ni débiles; pero sí firmes en los principios. No seáis pacatos. Seguid siempre en la lucha por la libertad, junto a los hombres, piensen como piensen. Uníos y luchad por la libertad, porque esto que estamos celebrando aquí no es un Concilio, sino que es una asamblea política que lucha por la dignidad del hombre. Y no temáis a nadie ni a nada, ni a la calumnia que venga de las derechas reaccionarias, ni a los ataques impetuosos de la izquierda”.*

Nos constan numerosas cartas epistolares cruzadas entre Frei y Agirre. Una de las últimas cartas de Agirre se dirige a Frei desde París el 5 de abril de 1957:

*“Mi querido e ilustre amigo: He recibido noticias directas de Santiago en la que me explican el resonante triunfo obtenido por Ud. y por todos nuestros amigos demócratas cristianos de Chile en las últimas elecciones celebradas en ese país. El triunfo de Uds. nos ha causado una gran satisfacción, y el suyo particular, que tuvo por cuadro Santiago y su provincia, me indican, y hace esperar, que su candidatura a la Presidencia de la República será una realidad en la próxima elección. Qué cosa más elocuente sería ver a un auténtico demócrata cristiano en la primera Magistratura de un país de América. Voy a dar cuenta de todos los detalles de lo sucedido en Chile a estos excelentes amigos de NEI que no acaban de darse cuenta de que existen muchas cosas fuera de este viejo continente, y que las nuevas fuerzas irrumpen con ímpetu, desbordando los cálculos de los cerebros un poco envejecidos ya. Pero mucho me temo que no se den cuenta todavía, hasta el momento en que Eduardo Frei Montalva sea proclamado presidente de Chile. Que Dios lo quiera así”.*

Las palabras del Lehendakari Agirre fueron premonitorias. Frei no ganó, por razón de vicisitudes sobrevenidas, las presidenciales de 1958, pero obtuvo un contundente triunfo en 1964 (‘Revolución en libertad’, consigna de la campaña electoral del PDC Chileno). Su discurso del 3 de noviembre de 1964 –inauguración de su presidencia–, que explica los principios de su mandato, es de una condición extraordinaria (“Estoy aquí para...”). Un análisis de la presidencia de Frei obliga a valorar de manera muy positiva las prioridades del programa presidencial (desarrollo económico; educación y enseñanza técnica; solidaridad y justicia social; participación política y soberanía popular) y las amplias y consecuentes reformas estructurales políticas, económicas y sociales de su mandato que, ciertamente, contribuyeron de forma destacada a la modernización de la República de Chile.

José Antonio de Agirre falleció el 22 de marzo de 1960 en París. Su entonces senador y amigo, Eduardo Frei –cuatro años más tarde sería el presidente de la República de Chile– envió sus condolencias al delegado del Gobierno vasco en Chile, Pedro de Aretxabala:

*“El Sr. don José Antonio de Agirre, Presidente en el exilio de la República Vasca, ha sido una de las personalidades máximas de nuestro tiempo y una de las más grandes figuras de la Democracia Cristiana mundial, luchador ejemplar por la libertad y la justicia. Su muerte constituye una pérdida inmensa para todos los hombres libres y los cristianos del mundo”.*

El legado histórico de Frei y Agirre debe ayudarnos a construir las respuestas a los desafíos actuales. En el umbral del siglo XXI, debo subrayar que el vector humanista y los valores éticos deben continuar inspirando y nutriendo nuestras posiciones y programas políticos para afrontar la lucha frente a los graves problemas, la desigualdad, las inequidades que la globalización de nuestro planeta está produciendo. La globalización nos ha abierto un nuevo escenario con grandes fuerzas desestabilizadoras: el poder económico de las multinacionales, el crecimiento descontrolado de las élites financieras a menudo invisibles y difícilmente localizables, el surgimiento de potencias políticas cuyas poblaciones se cuentan por cientos o miles de millones de habitantes, inmensos movimientos de población, conflictos entre los diferentes modelos culturales o políticos, el fanatismo religioso... Nuevos retos que nos exigen continuar nuestro combate político.

Puedo poner como un ejemplo singular a Europa. Actualmente, la Unión Europea atraviesa una crisis política, económica, de identidad, de seguridad... Una construcción europea que está amenazada por la aparición de los viejos demonios chauvinistas reaccionarios cuya insolidaridad y soberbia han regado, tantas veces, de sangre inocente el suelo europeo. Como sabéis, el proyecto de unidad europeo es, estratégicamente, un proyecto de paz. La génesis de nuestra crisis se centra en una profunda crisis de valores. Son tiempos que el filósofo polaco Zygmunt Bauman califica de modernidad líquida y fragilidad humana, donde los vínculos entre las personas se volatilizan, y la incertidumbre y lo efímero sustituyen a la seguridad y a la solidez. No podemos dejar que la demagogia y el populismo ocupen el espacio de la indiferencia, la desafección y el escepticismo ciudadano porque nos asomaríamos a un abismo que, en las últimas décadas, los europeístas nos hemos esforzado en evitar, con notable éxito. En este contexto de debilitamiento comunitarista, los valores que han alumbrado y definido a la democracia cristiana están más vigentes que nunca.

Nuestra posición ante el futuro de Europa es clara: el espíritu que animó a los padres fundadores de la Europa democrática –recordemos que eran democristianos y humanistas en su mayor parte– durante el siglo XX se debe insuflar a las nuevas generaciones del siglo XXI. No debemos olvidar la historia trágica de nuestro continente y no podemos soslayar las enseñanzas heredadas de los padres fundadores de Europa, ni tampoco obviar los sustanciales avances producidos en estos 65 años, desde el Tratado de París, para convencer a nuestros ciudadanos que no hay alternativa viable a la unidad política y económica de nuestro Continente. Queremos despertar a los europeos porque el sueño de una Europa unida parece alejarse ante el resurgimiento de antiguas pesadillas, como la demagogia, el populismo, los egoísmos estatales, la xenofobia, el exacerbado individualismo o la falta de responsabilidad social que la crisis económica y política europea han alumbrado en estos últimos años. Este es el gran desafío europeo. Su solución obliga a que la Unión Europea mire a las personas. Debemos, en suma, recoger las aportaciones ideológico-filosófico-políticas de nuestros mayores. Ortega y Gasset expresó que en tanto que haya alguien que crea en una idea, la idea vive. El legado de Eduardo Frei y de José Antonio Agirre, de Jacques Maritain, de Luigi Sturzo, o de Narciso Irujeta, sigue vivo. Confirmamos, en fin, que los principios, bases y valores de nuestros maestros deben ser los cimientos de construcción de las respuestas a los nuevos desafíos de nuestro presente. Frente a los que pensaban que el mercado era el ‘Deus ex machina’ que lo arreglaría todo, o a los que hacían al Estado amo y señor de la sociedad – teorías ambas que se han demostrado erróneas–, estábamos, estamos y estaremos los que creemos en las personas y que hacemos de las personas el centro de nuestra actividad política y social.

Recordemos, por último, el poema de Gabriela Mistral Alcaayaga ‘Árbol de Guernica’.

*Mientras que cortamos el aire,  
en la lengua sin orígenes  
decimos el Padrenuestro  
y el roble allá lo corea,  
fiel, hirviendo y recto.*

Fidelidad, rectitud, honestidad, libertad, justicia, paz, democracia, progreso, igualdad... Nuestro Árbol de Gernika, que extiende sus frutos por el mundo como señala la canción de Iparragirre, es un símbolo universal de esos valores.

Eskerrik asko.